

El deseo del alma

valentin prieto

Image not found.

Capítulo 1

EL DESEO DEL ALMA

El poder del sabio me había elevado a un estado por encima del de los humanos corrientes. A otro nivel de la torre. El grueso vidrio opaco que cegaba la vista de los mortales, se había hecho añicos en el espacio. Los límites ya no existían y ambas fronteras se habían unido en un solo país. Los muertos me veían y yo los veía a ellos.

Contacté con el misterioso ermitaño gracias a la decodificación de los escritos que había encontrado en la vieja cripta familiar. Mi abuelo, descendiente directo de los fundadores del pueblo, los había dejado en un cofre de madera corroída por el polvo y la humedad. Para el ojo no adiestrado en lo fúnebre, se hacía pasar por un ataúd con el nombre de Philip Love, personaje literario protagonista de una serie de aventuras que el abuelo Tito me leía de joven.

Los eventos que me llevaron a su descubrimiento, ahora calificados de nimiedad, me eran indiferentes a estas alturas. Los meses que dediqué a la lectura y reflexión de papeles con olores acrónicos, me condujeron a un rincón oscuro de las artes esotéricas. La necromancia, prohibida y condenada, ofrecía un amplio campo de estudio y, lo que era más importante, una solución a mi profundo dolor. Dolor por MADRE.

Los manuscritos tocaban temas que me habrían conducido a la hoguera mucho tiempo atrás. Los anagramas, pentagramas y símbolos lunares, debían combinarse según la necesidad del conjurador y en un orden concreto para el éxito del conjuro. En mi desolada estancia, más en particular la sala de estar, combiné dichos símbolos una y otra vez sin resultados favorables. En ese punto mi amargura y frustración, tocaron fondo y surtieron un efecto mucho más devastador que cualquiera de los rituales escritos en los papiros del abuelo. En el piso dormí, producto de la botella que sostenía mi inerte mano derecha y el Jeam Beam que corría por mis venas.

Nadé por una oscuridad paranormal, negra y desolada. Estaba desnudo en el espacio frío cuya única ambición era absorber todo rastro de luz, pero la luz que emanaba la vida misma. El tiempo era una hipótesis, que nunca llegaría a teoría. No había nada ni nadie.

Pero estaba yo.

-Has logrado llegar a la puerta de la gran cripta. Mortal, ¿Qué has venido a buscar en este lugar de descanso?-

La voz de ultratumba resonó increíble en la atmosfera inmensurable en la que me hallaba. Frente a mí se erguía una pequeña cripta con puertas metálicas, y sentado en sus cuatro escalones cortos, se encontraba un encapuchado con túnicas que mimetizaban con la oscuridad estelar a mí alrededor. Con los exactos movimientos que hace un pez cuando se lo saca del agua, mi boca intentaba articular algo, pero de ella no salía más que aire helado.

-Soy el sabio guardián de la muerte. Aquí reposan aquellos que ya no están. Aquellos que fueron amados, odiados, acribillados, enjuiciados y alabados. Aquí descansan ricos y pobres, demócratas y dictadores, diestros y zurdos. En medio de la penumbra eterna, dentro de la gran cripta, todas las almas duermen.-

Tratando de hacer memoria de los últimos acontecimientos del día, tratando de buscar una explicación a lo que sucedía, logré recordar que luego del último intento fallido en lo que estaba haciendo, debí de haberme dormido sobre los símbolos que había dibujado en el suelo. Relacioné un poco más y llegué a la conclusión de que yo debí de ser, accidentalmente, el ingrediente faltante del conjuro que estaba llevando a cabo.

-Mortal, abusas de tu estancia en este recinto sagrado. Como todos los que han llegado aquí, en calidad de vivos, se lo que quieres y lo que buscas. Ten en cuenta que veo tu alma con la misma meticulosidad que el relojero le da a sus trabajos. Sé que quieres, con todo tu corazón, ir en contra del orden natural de las cosas, y yo, te daré lo que quieres.-

Un estrepitoso ruido detonó dentro de mi cabeza. Desgarró la oscuridad y me precipitó a una velocidad incalculable, como si la gravedad se hubiera activado en el espectral vacío.

Todo se hizo silencio. La única oscuridad que me envolvía ahora, era la de mi casa.

Poco a poco fui incorporándome. El dolor muscular que sentía no tenía antecedentes, era como si todo este tiempo me hubieran estado comprimiendo dentro de un gigantesco pistón. La movilidad fue restableciéndose lentamente y pude quedarme sentado con mis manos apoyadas sobre el piso. El desorden de papeles y galimatías seguían decorando la sala de estar. Moví la cabeza recorriendo toda la habitación, admirando el saber oculto y prohibido, y fue entonces cuando noté la figura que estaba allí, parada bajo umbral.

La bajísima temperatura de la residencia comenzó a acariciar mi cuerpo, como buscando el calor que este emanaba, pero peor aún era el frío que sentía ahora, impregnado de un miedo irracional que me clavaba el vientre. Grité al desconocido palabras de advertencia, para que no se me

acercara, y proclamas de llamar a la policía. En el ominoso umbral, la figura seguía erguida, inmóvil, y con sus ojos clavados en mi.

Sobreponiéndome a la petrificación de mis sentidos y con gran fuerza de voluntad para soportar el dolor, tomé unos de los libros de símbolos arcanos, el más próximo que tenía, y se lo arrojé al intruso. La trayectoria fue perfecta y el golpe certero. Pero aquí el error lo cometí yo, porque aquel maniquí inmóvil cobro vida y se acercó con un caminar espasmódico, anormal, y deficiente.

Dicen que el saber mal empleado condena al hombre soberbio. La naturaleza es sabia porque es perfecta, y nosotros solo somos sus hijos rebeldes que creemos estar por encima de ella. Lo antinatural no es la muerte, somos nosotros que buscamos perturbarla. Somos nosotros los que nos condenamos por no respetarla y por ello, estoy pagando un precio equivalente a todos mis años de cordura. Cuando pude adaptar mis ojos a la semi oscuridad de la sala, vi que mi visitante era una mujer. Sus ojos tenían un brillo humano, tierno y hermoso. La luz del alma que está encendida dentro de todos nosotros.

Pero la carne no es eterna y por ello, el olor que desprendía el ente, era dulce e oportable. La razón de su caminar era porque los músculos ahora eran solo carne podrida colgando del hueso. Los brazos esqueléticos estaban vestidos por la piel desgarrada y su cuerpo mostraba un vientre inflamado, como una alimaña infernal que lleva miles de crías en su interior.

Grité por tan mórbido espectáculo y comencé a arrástrame hacia atrás, venciendo todo dolor y sufrimiento. Cuando mi espalda toco la pared, contemplé totalmente a mí repulsivo invitado. A Diferencia de la conversación con el sabio, mis labios si pudieron articular algo nítido y oíble.

- ... ¿Ma ...Madre?..-

Los gruñidos bestiales crepitaron en la estancia mal iluminada, y las tinieblas nos cubrieron para siempre.